

Tribuna, Domingo 28 de febrero de 2010 (El mercurio)

## ¿Por qué ganó Piñera?

Pablo Rodríguez Grez

No obstante proliferar los sociólogos, politólogos y analistas en el gobierno de la Concertación, aún no se profundiza sobre cuál fue la razón principal por la que ganó la Alianza en la última elección presidencial. Hubo, a mi juicio, un error sustantivo en el oficialismo que seguiría gravitando hacia el futuro cada día con mayor fuerza. Me refiero a la transformación política y social experimentada en Chile a partir de 1980. Desde entonces comenzó a perfilarse una nueva clase media, que no tiene todavía expresión política formal, pero que determinó y determinará el futuro electoral de nuestro país por largos años. Por eso no es exagerado decir que los políticos tienen un campo abonado para gestar liderazgos distintos a los ejercidos por los viejos caudillismos de antaño.

En Chile, durante muchos años y hasta el día de hoy, subsisten tres tercios electorales cuyas raíces se hunden en la división de clases sociales. Mientras la "derecha" se caracteriza por expresar el ideario de quienes gozan de una mayor participación en el ingreso nacional; el "centro" se identifica con los sectores medios; y la "izquierda" con el descontento y la insatisfacción. A medida que las diferencias económicas se profundizan, crece la tensión social y se intensifica la lucha de clases. No en balde los ideólogos del marxismo llaman a agudizar las contradicciones y desdeñan todo reformismo que las pueda atenuar, incluso, califican la caridad como un paliativo antirrevolucionario. La democracia liberal en este esquema, a mediano o largo plazo, está expuesta a debilitarse porque el rupturismo se alimenta de la pobreza, la injusticia y la carencia de alicientes. Por lo tanto, tras cada proceso electoral, subyace siempre un enfrentamiento de clases y es éste el que determina, en definitiva, el destino de los pueblos. Esta realidad se agrava como consecuencia de la atracción irresistible que ejerce el ideario de "izquierda" sobre el "centro", despreciando el desarrollo y la creación de la riqueza, exaltando la redistribución de la pobreza, y abriendo espacio a gobiernos asentados en el revanchismo, el resentimiento y el inconformismo.

Nuestro país escapará a esta "ley de hierro" sólo en la medida que crezca, se desarrolle su economía, y los grupos marginales se desplacen hacia los sectores medios, afianzando con ello la solidez del sistema. Y es esto, precisamente, lo que ha ocurrido en los últimos 30 años, luego de una profunda transformación en que se dejaron de lado esquemas hoy obsoletos, pero que un día condicionaron la vida de todos los chilenos. Es estúpido pensar que la creación de la riqueza se concentra necesariamente en pocas manos. Este fenómeno ocurre cuando quien gobierna construye, al margen de la voluntad popular, un nicho que termina desintegrado por saturación. ¿Por qué cayeron estrepitosamente los socialismos reales? ¿Por qué la URSS, antes todopoderosa, se derrumbó de la noche a la mañana? La respuesta es clara: porque los pueblos no viven de utopías ni de sueños irrealizables, sino de crudas y a veces crueles realidades.

El gobierno de centro derecha en Chile tendrá continuidad si estimula la "movilidad social", fortalece la nueva clase media emergente, y neutraliza las trampas que le tenderán quienes añoran el pasado.

La derrota de la Concertación es consecuencia de haber remado contra la corriente. Así, cuando quedó en evidencia la incapacidad del Estado para asumir los nuevos desafíos, se reclamó "más Estado"; cuando se exigía mayor eficiencia y capacidad de gestión, se pregonó la intangibilidad del aparato público; cuando el Partido Comunista no conseguía un solo representante en el Congreso Nacional, se gestó un pacto para torcer la voluntad popular. Estos errores no tienen otra explicación que la incapacidad de advertir y medir los cambios operados en nuestra sociedad.

La llave para que estas políticas pudieran aplicarse durante 30 años y hacer operante el cambio social es una fórmula ácidamente combatida por los reaccionarios de hoy: el sistema binominal. Gracias a él, los partidos políticos no se desbordaron y debieron ceñirse a reglas que los mantuvieron en el ámbito que les corresponde. La aparición de grupúsculos y montoneras -como sucedió en la segunda administración del general Ibáñez- no sólo paraliza las tareas del Estado, sino que genera inestabilidad y un clima propicio a toda suerte de aventuras descabelladas.